

Sr. Manuel Rueda
Premio Nacional de Literatura 1994

Palabras de Agradecimiento

¿Qué debo decir en momentos tan emocionantes como éste, en que de verdad siento que sobran todas las palabras? ¿Qué debo decir a los amigos que esta noche me acompañan, a estos amigos que siempre me han estimulado con su comprensión, con su bondad sin límites y con su ayuda? ¿Qué debo decir a quienes decidieron honrarme esta noche con el más hermoso de los actos que pueden rendirse a un artista, que es del reconocimiento de su pueblo? ¿Qué decir que esté a la altura de algo tan entrañable y al mismo tiempo tan grandioso?

Ante tamaño reto no hallo palabras adecuadas. Pero ustedes esperan mis palabras y pienso que éste es el momento adecuado para hablar de mi poesía, de cómo nació en mí ese esplendor y de cómo he vivido con ella y para ella, pese a esa lucha a muerte en la que siento que soy el perdidoso (para decirlo con palabras de San Juan de al Cruz), una voluntad activa a la que, sólo en ciertos momentos afortunados, llega para mí la recompensa.

Y es que la razón única de la poesía se cifra en su búsqueda; ella sólo se entrega a quien al reclama, a quien hace con su inexistencia o con su huida, la forma de su “estar” en nosotros. Pero lo misterioso es que cuando menos lo esperamos, cuando parecemos derrotados en la aridez de nuestro vacío interior, entonces sentimos, sobrecogidos, que un celaje de la divinidad nos alcanza.

Entre mis primeros sonetos hay uno que relata este misterio. Permítanme que se los lea.

A LA POESÍA

Voy hacia ti. Derribo los cerrojos
que guardan tu morada. Entreabro puertas
que dan a salas frías y desiertas

sólo encendidas por celajes rojos.

La memoria me guía de tus ojos,
la luz de tus verdades encubiertas,
y tiemblan celosías casi muertas
cuando voy tras tu soplo y tus sonrojos.

Dónde estás, dónde estás tú, la que ansío,
forma de mi desvelo y mi vacío susurrando
en mis últimas estancias.

Dura carne de amor en el espejo
Donde vives dormida entre distancias
Entregándome sólo tu reflejo.

Pero debo decir que no hay verdadera poesía que desconozca su herencia terrestre. El hombre es allí rey y mendigo, dueño de la vida y de la muerte. Y es necesario decirles a ustedes que vengo de una tierra seca, de una franja de pedregales a los que el océano hace temblar, de ese Monte Cristi de mi niñez que me ha comunicado el sentido total de la existencia. Desde mi largo poema titulado “La criatura terrestre”, pasando por “Cantos de la frontera” hasta lo que considero la culminación del tema en mi poesía, “Las metamorfosis de Makandal”, aún inédito, he contado, en síntesis, mi pasión por esa tierra en que nací, nutridora de mis materiales poéticos. Expresar la tierra, y con ella al hombre que la habita, ha sido preocupación mía de todo momento. Es en estos fragmentos de “Visiones de la tierra” donde se encuentran, tal vez, las muestras más apasionadas de ese amor que siempre me acompaña:

¿Cómo olvidarte tierra
que escapas bajo los pies
y no cesas de estar?

.....

Me toco el corazón y toco tierras
selvas conmovidas por el humo
y la fiereza del hacha.

Huelo pan y cobijas sudorosas
el asiduo café de las mañanas:
hermano pardo de ánima delgada.
Toco las sementeras
donde la mano es una con la raíz
o con la muerte
y mi canto huele a cuero
y a boñigas resacas
y a sol
y a cambronales crepitantes.

.....
Este es el día del encuentro
isla erguida
con su hombre parado en los recodos
de montaña y abismo
envuelto en silbo gris de viento
y de miseria.
Isla tronchada donde más te dolía.
Vamos a la frontera donde moran
el ave de la fábula y el amuleto
a la muralla de los ojos en blanco
y el negro asesinado
donde el tambor
 golpea
y la cabra lunada
es ofrecida en holocausto.

.....
De pie dando brazadas
sobre el último estertor
de los muertos que rumian
su desesperanza
a la interperie
sobre los límites de la soledad
y de la piedra
para devolvarte

isla intacta
y entera
a nuestros hijos
a las deidades del agua y de la tierra
a la caverna ardiente de Maniatibel
 donde naciste
urgente chorro de equilibrio y esfuerzo
emergido
del seno de nuestra poderosa
madre oscura.

Cómo olvidarte a ti:
horizonte de tierra
cielo de tierra y claridad de tierra
tierra bajo los pies que te recorren
tierra en las palmas
de estas dos manos que aprenden
a tocarte
que ahora te alzan en vilo
dolor nuestro que amamos
barro de lágrimas y de resurrecciones
hacia un repentino clamoreo
de campanas
en el amanecer.

Aquel que me conoce entiende también mi amor, tan inocente y reiterativo, por las desventuradas tierras del Norte. Y es que a mis 72 años de edad no soy más que aquel muchacho que correteaba por los corredores de la casa llenos de sol y viento, entre el olor de los pudines que se horneaban en el horno grande del patio y el olor del café mañanero, lo que casi le paralizaba los sentidos, percibiendo el parloteo de las tías que interminablemente se peinaban con manos sonámbulas bajo el emparrado y, supremo deleite oyendo, -¡cómo no oírlas!- las escalas impositivas del piano de Madame Guiteaux que trajo a la monotonía del pueblo los primeros delirios del sonido.

¡Y cómo no acordarme aquí de todos los pianos que vinieron después, ya celestiales, ya asmáticos, con que las muchachas dejaban oír de lejos sus dolencias, tantas romanzas melancólicas sobre las que caían las campanadas del reloj público como una admonición o un correctivo!

¿Por qué vuelven siempre a mi memoria aquellas imágenes, aquellos sonidos, olores, estremecimientos de dicha en las horas del trajín diario, cuando los bidones cantaban balanceados en los babunucos de las mujeres y los muchachos se disponían a soltar el rollo de gangorra a sus chichiguas que parecían alcanzar el horizonte, ebrias de altura. Pero había épocas en que el ambiente se animaba con atracciones nunca vistas y era cuando asomaba el tumulto de las cabalgatas que venían del otro lado de la locura y de la bruma en un desfile de bestias y de madres con pezones amoratados en la boca de los críos. Días de feria y cantos a media voz, de hogueras y de ancianos que contaban cuentos de Makandal, envenenador de pozos, manco que aleteaba en cimas y desfiladeros con luna como un pájaro mutador de las especies. Pájaro de todos los sueños, presencia difusa en los rincones de la alcoba, cuyo aliento aventaba los mosquiteros de la medianoche, a ti iba este muchacho con cada uno de sus miedos a cuestas, como si fueras la tierra misma, como si bestias, pájaros, alimañas, peces acudieran a la sola mención de tu nombre.

Y yo gritaba, jadeante, agarrado al dormir lento de la madre, en una pesadilla que sólo se terminaba con las horas del alba, aunque en mi alma nunca dejaba de oír las historias de los viejos, que mostraban el pecho lleno de desgarraduras y de viento; y yo zozobraba en el lecho de mis visiones, palpando todavía en la mano cerrada el resplandor quemante de los “papanoses” con los que inevitablemente pagaba mi pasaje al misterio.

He aquí lo que no cesa de alimentar mi poesía, la tierra de mi poesía, su candor y su eterna nostalgia, siempre presentes en mis realidades de hombre.

Después vinieron otras experiencias y mi patria ya no fue ese rincón de la isla abierto a todas las tempestades, al discurrir de todos los fantasmas.

Y entré a una selva oscura. Era de noche
y había fieras rondando.
Y había hombres
rondando. Y en lo alto y en lo hondo,
oscuro y claro, yo volví mis ojos
hacia ti, pueblo mío arrinconado,
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,
donde apoyé los pies y puse el labio,
donde dormí diez años al amparo
de un regazo y la cálida montaña.
Yo pasé por los arcos de tu piedra,
pueblo enterrado en lluvia y en olvido,
y sentí que mis muertos renacían.

Entonces vi el otro lado de mi realidad.

Entonces sentí que la música, creadora de los instrumentos musicales, me iba creando a mí mismo, me creaba la voz, los dedos, la memoria, y me puse a darle valores al tiempo (¡quién pudiera creerlo!) a cuadrricular el tiempo infinito como en un cañamazo estelar y me di cuenta que el cuerpo, la materia toda, entendían esas proporciones, las volvían pulso interior y sangre desatada. Y la música me colocó frente a un teclado hermético al que mis manos domaban sin cesar, extrayéndole sonoridades que no eran tuyas sino de todos los pasados que habían muerto y por el que hay primaveras que vuelven a tener una rápida resurrección.

En pos de esa música interior, imaginada o mía, me fui hasta lo más austral del planeta, a la patria del volcán y el copihue, a ese Chile que me hizo uno de los suyos, donde ahogué mi garganta en el agua con sombra de sus tonadas y la cueca me enseñó, entre el punteo de las arpas, toda su historia que cabe aleteando en un pañuelo. Y cuando hablo de Chile estoy hablando de Rosita Renard, bondadosa maestra y artista inmarcesible; de

Claudio Arrau, de Armando Palacios; y cuando hablo de Chile veo a Vicente, antipoeta y mago, maestro de pie en su playa de Cartagena (tengo en mi mano su “Temblor de cielo” dedicado con estas palabras: “A Manuel Rueda. Recuerdo de estos cielos sin temblores visibles). Y veo su figura aristocrática, orlada por los tumultos blancos del oleaje; y alzándome un poco en el horizonte leo el mejor de los epitafios que escribió para sí mismo: “Al fondo de esta tumba se ve el mar”.

Es por lo que en Chile el ejercicio poético se impone. Un poeta tropical no tiene allí cómo defenderse de esos aires que vienen de tres cordilleras centrales llamadas Gabriela, Pablo, Vicente. Y ahora me place, antes de abandonar este país tan entrañable, recordar a Gonzalo Rojas, amigo al que no veo desde una tarde ventosa de Valparaíso, y a un compañero desaparecido, Enrique Lihn, a quien me enorgullece haber abierto las puertas de la fama en su propia tierra, al llevarle uno de sus primeros poemas a Hernán Díaz Arrieta (Alone) quien le dio cabida en una de sus antologías de la poesía chilena.

Ahora, queridos amigos, después de tanta vida acumulada, de vuelta a mis querencias, a esa madre que por primera vez ha dejado de estar conmigo en un acto de tanta importancia como éste, a esa madre en cuyas manos pongo ahora cuanto aquí se me ha entregado; ahora, cuando aún tengo la palabra en la boca, cuando ronda la noche mi cabeza, yo siento que la poesía me sostiene, que acude en la más ardua encrucijada a enseñarme el camino que todavía me queda por recorrer. Y sé que otras presencias amadas me acompañan: la de Franklin Mieses Burgos, la de Héctor Incháustegui Cabral, la de Máximo Avilés Blonda, amigos de siempre, grandes poetas que no alcanzaron a recibir este galardón y con los que deseo ahora compartirlo. Ellos fueron, sin duda, las voces más puras de su época, a la que dieron un sentido trascendente. Así, pues, dondequiera que se premia a un poeta, alcanza a ellos una parte muy especial.

Pero ya debo terminar estas palabras que a pesar mío se han vuelto demasiado extensas porque no quería pasar por alto experiencias y

recuerdos que atañen tan íntimamente a mi labor artística, y si al comienzo se me hizo trabajoso darles forma a mis recuerdos, ahora se me hace más difícil terminar, porque debo agradecer a los que, de una u otra manera, han sido responsables del regocijo que me embarga.

Gracias, querida Secretaria, gracias querido Tena; gracias, queridos Rectores, por el honor que me confieren; gracias don Manuel, gracias Pepín, por su presencia enaltecedora y por su generosidad; gracias José, amigo fiel y puntual, por mantener su fe en mi obra; gracias Arístides, gracias María, gracias Pilar, gracias Andrés, gracias Mike; gracias del corazón a esas dos instituciones que se han sumado a este homenaje con tanto denuedo: a la Orquesta Sinfónica Nacional, quien me dedicara el espléndido concierto de anoche, y al Ballet Clásico Nacional, siempre creativo, al comunicar ritmo y belleza.

Para concluir, debo ofrecer un poema inspirado en la fórmula folklórica de la retajila: “Canción inconclusa”, con lo que deseo revertir este homenaje para honor de un pueblo que lo hizo posible.

Esta es el hambre del hombre.

Esta es la tierra seca
Que olvidó el hambre del hombre.

Esta es la nube náufraga
que olvidó la tierra seca
que olvidó el hambre del hombre.

Este es el cielo vacío
que olvidó la nube náufraga
que olvidó la tierra seca
que olvidó el hambre del hombre.

Este es el Dios indiferente
que olvidó el cielo vacío

que olvidó la nube náufraga
que olvidó la tierra seca
que olvidó el hambre del hombre.

Este es el hombre culpable
que olvidó al Dios indiferente
que olvidó el cielo vacío
que olvidó la nube náufraga
que olvidó la tierra seca
que olvidó el hambre del hombre.

Y este es el terrible crimen
que cometió el hombre culpable
que olvidó al Dios indiferente
que olvidó al cielo vacío
que olvidó la nube náufraga
que olvidó la tierra seca
que olvidó el hambre del hombre

que se acordó un día de su hambre...

17 de febrero 1994